

UNO | MAS | UNO

Retratos express

Jorge Luis Borges

José de la Colina

Hay rostros a los que el tiempo ablanda y rostros a los que el tiempo endurece. A Borges el tiempo le transparenta el rostro, lo va poniendo en un trasluz de ectoplasma, de espejismo de persona. Podría decirse que no va a salir en la fotografía, que no lo registrará el espejo. Como los vampiros, por qué no. Borges cada vez más vampiro de sí mismo, suutilizada la sangre hasta no ser más que pura fluencia del espíritu. Como si Borges poco a poco fuera ausentándose de la persona de Borges. Lo ha dicho en un final de poema que estremece por una súbita evaporación de realidad y presencia: "Espacio y tiempo y Borges ya me dejan". Ha dicho también que todo lo que un hombre escribe, todas las aventuras y los paisajes y los universos que traza en palabras sobre el papel, le componen un rostro. A la inversa, el rostro de Borges parece querer ir volviéndose página blanca, donde la máxima escritura será un resplandor de alma, al fin sublimada en pura idea esa alma ya no atada a la máscara de carne y hueso y rasgos asimétricos.

Se le leía como a toda una literatura, como a la quintaesencia de las bibliotecas mejores, como a un escritor de ningún tiempo. Se procuraba olvidar su gusto por los estamparios militares, por los patriarcas reaccionarios, por los paladines del orden. Se le sospechaba no del todo real. O en todo caso: ¿Borges era una sola persona o era un nombre detrás del cual había una vasta sociedad de escritores, una piedra filosofal hecha de la conjunción de diversos textos preciosos? Habla,

sí, testimonios de un Borges que era un rostro, ese rostro que se esfuma, y era también voz, esa voz sombrajosa, de sótano profundo, demorada en pausas como abandonándose a una íntima vocación de silencio.

Lo trajeron a México, lo montaron en un carrusel de glorificaciones culturales con retintín oficial, y Borges por aquí y Borges por allá, lo flasheaban, lo televisaban, le buscaban las frases como buscándole las cosquillas, mariposeaban en torno a su fulgor, se aprovechaban del viejo tigre narcotizado, y Borges se sostenía patética y heroicamente apuntalado en su bastón de casi ciego, sintiendo quizá los pies helados por el contacto con su pedestal de gran monstruo de las Letras, obligado a ser cortés, civilizadísimo, crecídote niño prodigio. Y Borges para aquí y para allá, forzado a rezumar la esencia de lo borgiano, a antologizarse a la menor incitación, pero sobre todo, horror de los horrores, a girarse en numerosas bocas invisibles que lo citaban y recitaban, a ser asediado por sus propias frases memorables, por sus más frecuentados endecasílabos, por sus más paseados laberintos. Todos competían en ser el borgiano número uno, todos peleaban por ser el mejor discípulo, el mejor lector, el mejor eco de Borges. Algunos ya simulaban la familiaridad; no decían "¿Ya has visto a Borges?" sino: "Yyyy... ¿a Georgie no lo habés visto?" Borges en el infierno de ser Borges más previsible.

Y luego, Borges se fue. ¿Pero había estado? Se fue Borges y otra vez sus libros nos componían su rostro, otra vez la escritura lo hacía vivir en una voz. Otra vez Borges nos contaba de flores que atraviesan el tiempo, de hombres que se reconocen en sus adversarios, de tigres del pensamiento, de puñales de la memoria, de círculos concéntricos en el mundo y en el espíritu, de fugaces atardeceres de barriada en Buenos Aires que son también formas de eternidad, de bibliotecas como jardines como firmamentos como Borges como nadie que "de alguna manera" es todos. La lejanía nos devolvió a Borges.